LAS MISIONES PEDAGÓGICAS Y MIGUEL HERNÁNDEZ

Por
JESUCRISTO RIQUELME

Ave, pueblo. Ave, niños. Ha venido la Misión

Las Misiones Pedagógicas sorprendían siempre. Su capacidad de convocatoria era espléndida, inaudita hasta la fecha. Un grupo de tres o cuatro misioneros, o algo más de cincuenta en algunos casos en los que el Coro del Pueblo asistía, removían las entrañas socioculturales de la España más profunda y abandonada. En la obra literaria de Miguel Hernández se perciben influencias surgidas de la propia experiencia del escritor oriolano en la *farándula* de las Misiones Pedagógicas.

Hala. A la espera de las Misiones Pedagógicas

Aún no se han instalados y ya nos sorprenden. Echemos imaginación a lo imaginable. Un misionero, adelantado, interpela a los primeros concurrentes:

> ¿Están de acuerdo con esto? Y les muestra un cartel escrito en español: **ΛΑΣ ΔΙΗΘ ΡΕΙΒΙΝΔΙΚΑΘΙΟΝΗΣ ΔΗ ΛΑ ΧΥΒΗΝΤΥΔ**. Κ σε ρηκωνωθκα α λας μυχηρης λως μισμως δερηξως κ αλ ομβρη εν τωδως λως σεντιδως ι κ σε λης αβρα πασω α τωδος λως πυεστως δη λα πρωδυκθιων ι δηλ ηστυδιω.

Nadie entiende nada. Nadie sabe leer y parece griego… Pero está escrito en español. Para los lugareños son caracteres griegos, y no lo saben leer. Se ríen y se miran nerviosos, entre desconfiados y despistados. (El cartel dice esto: «Las diez reivindicaciones de la juventud. Que se reconozca a las mujeres los mismos derechos que al hombre en todos los sentidos y que se les abra paso a todos los puestos de la producción y del estudio»). Estamos en 1931. Si no se sabe leer, se pierden derechos y deleites de la vida, se puede ser manipulado y engañado.

El grupo de las Misiones está llegando. Hoy habrá función de teatro también. Aunque ya ha empezado con la avanzadilla del preguntador y del pregonero del pueblo. A la hora de decidir las características definitorias de este Teatro [del pueblo], y de las misiones en general, enseguida acudió el recuerdo de la Carreta de Angulo el Malo citada por Cervantes en *El Quijote* (II, 11).

Las Misiones Pedagógicas, con su teatro y sus coros incluidos, habían de ser regocijo elemental, ambulante, de fácil montaje, sobrio de fondos y ropajes; una actividad educadora, sin intención dogmatizante, con la didáctica simple de los buenos proverbios. Así lo preconizaba la *Primera Memoria* de las Misiones (1933, p. 93). Tras cada modesta misión, la gente de los pueblos más recónditos de la España profunda abrían los ojos y, lo que es mejor, despejaban y amoblaban la *quijotera* de su imaginación y de su pensamiento.

La II República (1931-1939). Disculpen las molestias: estamos de ref–ormas

Con la proclamación de la II República, los políticos responsables se afanan en cambiar la desastrosa situación de España. Se afrontan grandes reformas que enervan a parte de la población: la reforma autonómica –ya Ortega y Gasset había escrito en 1920 su *España invertebrada*–, la reforma religiosa –Azaña, el ministro de la Guerra, había escandalizado en las Cortes, el 13 de octubre de 1931: «España ha dejado de ser católica»–, la reforma agraria (contra los latifundios no cultivados, el caciquismo y la opresión) y la reforma educativa y cultural –de nuevo Ortega había previsto el cambio: a *La deshumanización del arte*, de 1925, había seguido *La revolución de las masas*, en 1930. Había que luchar contra el aislamiento, el analfabetismo y la incultura. El Sistema Nacional de Enseñanza debía universalizarse y mejorar su calidad.

¡Qué falta de educación!

Cuesta creer que España tuviera en 1885 un 71% de analfabetos. El dato es tan certero, hasta donde las estadísticas dejan ver, como que en 1931 se había estancado en un 43%. Pero al porcentaje hay que sumar el altísimo número de analfabetos funcionales: los que sabían apenas firmar con su nombre, y poco más. Según los informes oficiales, un millón setecientos mil niños no están escolarizados y se calcula que son necesarias unas 27 151 escuelas más (más del doble de las existentes), para las que faltan unos 70 000 maestros. El padre de Miguel Hernández es uno de esos analfabetos: firma con un aspa en el acta de matrimonio.

Los maestros existentes no leen en clase, y no leen porque no saben leer. De una consulta de la inspección educativa nació la mofa popular contra el maestro Ciruela, «que no sabía leer y puso escuela». Y se perpetuó aquello de «pasas más hambre que un maestro de escuela». Entonces el salario del magisterio español era el más bajo de todo el funcionariado: cobrar cinco pesetas diarias había sido el resultado de una subida insospechada; esto hacía que el maestro viniera a cobrar entre mil y mil ochocientas pesetas al año.

Corre, ve e ILE

Después de la I República (1873-1874), ideas regeneracionistas e iniciativas progresistas de origen krausista culminan con la fundación, en 1876, de la Institución Libre de Enseñanza (la ILE), de Francisco Giner: Giner de los Ríos y un grupo de catedráticos de la universidad han sido apartados de sus cargos por negarse a cumplir una circular del marqués de Orovio, ministro de Fomento del primer Gobierno conservador de la Restauración, que pretendía obligarles a ajustar sus enseñanzas a las doctrinas de la Iglesia católica y a mostrar su adhesión al nuevo monarca, Alfonso XII. A esta propuesta privada de enseñanza laica se suman otras corrientes de renovación pedagógica, relacionadas con el pensamiento marxista y anarquista del momento: la Escuela Nueva, las Universidades Populares, las Casas del Pueblo o los proyectos de Rosa Sensat.

Se multiplican las publicaciones pedagógicas y se consigue un nuevo incremento en la escolarización. La imagen del maestro rural republicano, antes de la Guerra Civil, es perfectamente captada por el escritor Manuel Rivas en los cuentos que sirvieron de base a la película de José Luis Cuerda, *La lengua de las mariposas* (1999), protagonizada por F. Fernán Gómez. El maestro recurre a la explicación de detalles mínimos –como el de la

forma espiral, la espiritrompa, de la lengua de las mariposas– para cautivar y estimular la inteligencia de los niños.

En 1915 muere Giner de los Ríos y se hace cargo de la ILE Manuel Bartolomé Cossío.

Las Misiones Pedagógicas

En tiempos de Alfonso XIII hubo mociones políticas para constituir las Misiones Pedagógicas. No se aceptaron. Hubo que esperar a la llegada de la II República. Un mes y medio después de su proclamación en las urnas, se aprueba el decreto por el que se crea el patronato de las Misiones Pedagógicas (29 de mayo de 1931). Miguel Hernández tiene 20 años y va a ser elegido a los pocos días presidente de las Juventudes Socialistas de Orihuela. Sin embargo, el semanario local *Renacer*, editado por los amigos de la Casa del Pueblo, portavoz de los socialistas de la zona oriolana, el 25 de abril de 1931 saluda a Miguel Hernández por su primer galardón poético y destaca su adhesión «a las filas izquierdistas».

¿Crisis de vocaciones?

La actividad de las Misiones pedagógicas no era inocua, aunque no se atisbaba ningún tipo de proselitismo. Tan sólo se pronunciaban en los preludios, al abrir la sesión, unas palabras propagandísticas... que no eran sino la *disertación inaugural* de M. B. Cossío:

> Somos una escuela ambulante que quiere ir de pueblo en pueblo. Pero una escuela donde no hay que aprender con lágrimas, donde no se pondrá a nadie de rodillas, donde no se necesita hacer novillos. Porque el gobierno de la República que nos envía, nos ha dicho que vengamos ante todo a las aldeas, a las más pobres, a las más escondidas, a las más abandonadas, y que vengamos a enseñaros algo, algo de lo que no sabéis por estar siempre tan solos y tan lejos de donde otros lo aprenden, y porque nadie, hasta ahora, ha venido a enseñároslo; pero que vengamos también, y lo primero, a divertiros. Y nosotros quisiéramos alegraros, divertiros casi tanto como os alegran y divierten los cómicos y los titiriteros [...]. Esta [...] escuela recreativa es para todos, chicos y grandes, hombres y mujeres, pero principalmente para los grandes, para los que se pasan la vida en el trabajo, para los que nunca fueron a la escuela y para los que no han podido volver a ella desde niños [...].
>
> La República quiere ahora hacer una prueba, un ensayo [...]. Para eso nos envía a hablar con vosotros y ofreceros en estas reuniones, del modo mejor que sepamos, del modo que os sea más grato y que más os divierta, aquello que quisiéramos que vosotros supieseis y que, llegando a vuestra inteligencia y a vuestros corazones, os divirtiera y alegrara más la vida [...].

Ahora bien, se mantiene el sueño que heredó la ILE y alcanzó a las Misiones Pedagógicas, procedente de la Ilustración francesa: «Sólo con la Educación y la Cultura se logrará el progreso de los pueblos».

Las Misiones Pedagógicas promovían un hombre nuevo –en realidad, una sociedad nueva y una política nueva–, producto del logro de sus tres objetivos fundacionales: 1) el fomento de la cultura general, especialmente en los pueblos rurales y aislados; 2) la orientación pedagógica dirigida esencialmente a los maestros –de ahí el nombre de República de los maestros–; y 3) la educación ciudadana, para la integración y participación en las tareas comunes de Gobierno.

La atmósfera que vive Hernández, empero, es la emanada de las controversias en Orihuela, donde prevalece la posición lerrouxista, tal como se evidencia con la polémica despertada por la propuesta de un Instituto público en Orihuela, para sustituir el colegio de los jesuitas, expulsados en 1932. Las fuerzas vivas más reaccionarias a todo progresismo social alzan sus voces. El órgano local del derechista A. Lerroux, *El Radical*, el 18 de octubre de 1932, publica en su portada un virulento editorial:

> Orihuela no quería el Instituto porque no lo necesita. Prefería una Escuela de Artes y Oficios: una de Industrias, con aplicación a la Agricultura, un Centro en donde los hijos de los pobres pudieran obtener instrucción y educación profesional a su alcance. Los Institutos son para los ricos; excepto en las capitales o centros de núcleos importantes de población, no son sino una rémora para la sociedad. Son un motivo legal para que el hombre se salga de su esfera social.

Ya lo había dicho Hernández a Juan Ramón Jiménez en su primera misiva (en octubre de 1931): «Mire: odio la pobreza en que he nacido, yo no sé... por muchas cosas... Particularmente por ser la causa del estado inculto en que me hallo, que no me deja expresarme bien ni claro, ni decir las muchas cosas que pienso». Y poco después insistía a García Lorca, en 1933: «No puedo leer por no tener libros; escribir, por no leer; estudiar, por no leer también; luchar, porque mi enemigo es mi arma: LA POESÍA». Doce años después de haber sido obligado a dejar sus estudios, Miguel, en abril de 1937, ve el sentido de su apoyo a la República y de su compromiso social:

> Al hijo del rico se le daba a escoger títulos y carreras: al hijo del pobre siempre se le ha obligado a ser el mulo de carga de todos los oficios. No le han dejado ni tiempo ni voluntad para elegir un camino en el trabajo. Se le ha empujado contra el barbecho, contra el yunque, contra el andamio: se le ha obligado a empuñar una herramienta que, tal vez, no le correspondía. Las universidades no han tenido puertas ni libros para los hijos pobres [...] hijos de los ricos, por muy dignos de cuidar cerdos que fueran, gozaban de todo y sólo para ellos se abrían las aulas.

Y, en un manuscrito posterior, escribe la motivación profunda de su participación en cuerpo y alma –provisto de su palabra: de su arma– en aquella defensa bélica sin cuartel: «A los niños de hoy se les abren todos los horizontes que a los de ayer nos vedaron por pobres». Y es que, cuando un hombre con pistola se encuentra a un hombre con pluma, el hombre con pistola... es hombre muerto.

La obra de Hernández es una de las obras más coherentes: hay escritores que escriben y hay otros que escriben y viven lo que escriben. Estos son los escritores profundos y verdaderos. A esa estirpe de autenticidad y belleza pertenece Miguel Hernández.

En la segunda mitad de 1935, Hernández concluye su pieza teatral *Los hijos de la piedra*, después de su primera experiencia misionera. Se trata de un durísimo alegato contra la actuación gubernamental del partido Radical de Lerroux y de la CEDA de Gil Robles con motivo de la Revolución de Octubre de 1934, en Asturias. El padre de nuestro vocacional dramaturgo era uno de los 185 socios oriolanos de El Círculo El Radical, el foro en el que se defendía la política de Lerroux. La grieta afectiva que separaba a Miguel de su padre empezaba a ser definitiva.

En su calidad de comisario de cultura, Hernández participa en numerosas campañas de alfabetización y procura fomentar la lectura con nuevas bibliotecas para los combatientes. El analfabetismo es una lacra que pretende ser erradicada por el Gobierno republicano en guerra. El 20 de septiembre de 1937 se crean las Brigadas Volantes de Lucha

contra el Analfabetismo, en la retaguardia. Un sentido similar tendrán las piezas del teatro de urgencia y *agit-prop* de *Teatro en la guerra* (1937). La película *El lector* (2008), de Stephen Daldry, basada en la novela de Bernhard Schlink, ilustra la vergüenza de sentirse analfabeto y que los demás lo sepan; en el filme, la protagonista femenina (encarnada por la actriz Kate Winslet) acepta ser acusada de genocidio, como guardiana y redactora de la condena de un grupo de presas en un campo nazi de concentración y exterminio, antes de reconocer que no sabe leer ni escribir. Los segundos en que la acusada se debate interiormente ante un folio en blanco y un lápiz, dilatados por varios *flash back*, son intimísima y espeluznantemente emotivos, e invitan a la reflexión.

La aventura de los misioneros

El éxito del proyecto de las Misiones Pedagógicas está sustentado sobre manera en un perfil muy determinado del misionero. Con la apariencia de una ONG moderna, *mutatis mutandis*, el misionero debe reunir las siguientes características: joven, jovial y algo desinteresado en cuestiones económicas, con cultura y formación suficiente, avidez por aprender y curiosidad intelectual, entusiasmo y tacto para saber socializar y comunicarse bien, sensible; en definitiva, aunar vocación, sabiduría y abnegación en el trabajo. Por supuesto, disponibilidad para salir a pueblos escondidos. Sentirse partícipes y partidarios de que había que sacudir la modorra de la España rural. El perfil parecía llamar a gritos a un Miguel Hernández en el momento preciso de su concienciación y su compromiso. El espíritu del nuevo M. Hernández se ajustaba plenamente, desde la primavera de 1935.

Es más, las Misiones no sólo se nutrían de voluntarios, también se había iniciado un proceso de profesionalización. Los dirigentes y muchos voluntarios auxiliares cobraban. Los responsables de programa tenían un sueldo fijo anual: el presidente (M. B. Cossío), 10 000 pesetas; el secretario (Luis Andrés Santullano), 4 000; Luis Cernuda, 3 900; Matilde de Moliner (encargada de las bibliotecas), 3 750; Rafael Dieste (encargado del Teatro de fantoches) y Ramón Gaya (encargado del Museo de Pueblo y pintor), 3 600; Eduardo Martínez Torner (recopilador del cancionero regional), 3 000... El sueldo de un labrador asalariado oscilaba entre las cinco y las siete pesetas por día trabajado; con suerte, poco más de mil pesetas al año. Hernández se compadeció en la prosa «Verano e invierno» (*Obra completa*, II, Madrid, Espasa-Calpe, 2010, pp. 2150-2151): «[...] gano ahora siete pesetas, pero este filón dura dos meses nada más. [...] vendrá el invierno y, entonces, ni siete, ni tres pesetas, ni nada». Recordemos el salario de un maestro: entre 1 000 y 1 800 pesetas al año. Miguel Hernández se acoge al pluriempleo: obtiene «cuarenta duros [200 pesetas] al mes» de su dadivoso jefe José M.ª Cossío, por su trabajo para la enciclopedias *Los toros* –o sea, 2 400 pesetas anuales–, y ahora, en las Misiones, se le ofrece percibir un salario de diez pesetas por día trabajado, además de gastos de desplazamiento y manutención. Como extra ocasional no es cantidad para despreciar en las circunstancias de Hernández. Aún es más. Las Misiones Pedagógicas establecieron un acuerdo con la prestigiosa emisora Unión Radio, ligada al diario *El Sol*, para utilizar su importante medio de radiodifusión y llegar a más población. El acuerdo consiste en proporcionar agentes que participen con entrevistados y contertulios en programas radiofónicos cada quince días. Hernández figura en la nómina de contertulios y su primera actuación acontece el 13 de julio de 1936. El responsable de la emisora, Nicolás María Urgoiti, lo contrata por la capacidad que tiene Hernández de propagar un tipo de periodismo nuevo en su redacción y en su presentación. Se trata del novedoso género de la charla radiofónica. Le pagan 50

pesetas por la actuación de un día. Es una estimable ayuda, pero cinco días después estalla la rebelión militar.

En las Misiones, se necesitan, pues, jóvenes, aunque sobradamente preparados, que no sintieran vergüenza de sentirse observados, que no fueran tan tímidos que no sacaran sus maneras juglarescas de actuar en público. A Hernández le sobra experiencia de recitador y de actor, y se desempeña en público con destreza, con inflexiones de voz y control corporal. En cuanto puede, actúa. Ya lo había hecho en sus años mozos de estudiante. Nos lo relató personalmente Rosendo Mas, en Orihuela. En una ocasión, acudió a la escuela un rapsoda; al invitado se le olvidaba el texto y recitaba defectuosamente. Un coro de niños pidió que recitara Miguel. Con el permiso del maestro, y para quitar tensión, Miguel declamó de memoria, con sentimiento y voz quebrada, el poema «La carbonerilla quemada» (de la sección «Historias: Historias para niños sin corazón», de *Segunda Antolojía Poética, 1898-1916*), de Juan Ramón Jiménez:

> En la siesta de julio, ascua violenta y ciega,
> prendió el horno las ropas de la niña.
> [...]
> La niña, rosa y negra, moría en carne viva.
> Todo le lastimaba. El roce de los besos,
> el roce de los ojos, el aire alegre y bello:
>
> *–¡Mare, me jeché arena zobre la quemaúra.*
> *Te yamé, te yamé dejde er camino... ¡Nunca*
> *ejtubo ejto tan zolo! Laj yama me comían.*
> *Mare, yo te yamaba, y tú nunca benía!*
>
> Por el camino –¡largo!–, sobre el potrillo rojo,
> murió la niña. Abiertos, espantados, sus ojos
> [...]
> oyendo ya los gritos de los niños del pueblo
> [...]
> Dios estaba bañándose en su azul de luceros.

Sería la primera ovación de su vida. En las Misiones recogería muchas más.

Dos Españas, dos caras. ¡Mira la cara oculta!

El objetivo fundamental de las Misiones Pedagógicas, según el preámbulo del decreto de constitución, era «llevar a las gentes, con preferencia a las que habitan en localidades rurales, el aliento del progreso y los medios de participar en él [...], de modo que los pueblos todos en España, aun los apartados, participen en las ventajas y goces nobles reservados hoy a los centros urbanos».

M. B. Cossío acuñó la expresión de *cultura difusa* para referirse a los conocimientos, las costumbres y los medios que se expanden en la vida cotidiana de las relaciones sociales y de las manifestaciones artísticas de la ciudad y que no pueden llegar al mundo rural. La cultura difusa no sólo incluye el cine, sino también el teatro o las pinacotecas, e incluso la prensa, la radio o la música (y los modernos gramófonos), así como de los escaparates de las tiendas o las conversaciones, coloquios, charlas y conferencias de las que están privados en los pueblos aislados de España, que constituyen entonces el 75% de la población nacional.

Las diferencias entre la urbe y el agro se mostraban, *in situ*, excesivamente abismales. Los separaba un abismo sobrecogedor. Los campesinos de los poblados de menos de cinco mil habitantes, y los tantos de menos de mil, estaban demasiado acostumbrados al olvido crónico de los gobernantes y a la invisibilidad social: eran perfectos desconocidos, ignorados, para los políticos..., y ellos seguían perpetuados en la miseria y en la pobreza. Carecían de electricidad y tenían difícil acceso al agua. La incultura –la incivilización– los envolvía y apenas dejaba traslucir su humanidad. Algunos misioneros, como Cernuda, se regodeaban en manifestarse distintos: señorialmente vestido como un dandy y repeinado, el aspecto del sevillano contrastaba con labriegos que parecían salidos de una obra de teatro, por sus indumentarias, a veces, grotescas. Era la inversión del cervantino carro de Angulo el Malo. En muchas ocasiones, nos podrían recordar los personajes y el ambiente de la película *Entre lobos* (2010), de Gerardo Iglesias, donde se recrea el caso verídico del niño Marcos Rodríguez Pantoja, abandonado en Sierra Morena de los siete a los diecinueve años: el señorito cordobés, los capataces secuaces, los sometidos…

Ahora bien, estos paletos o perullos sabían discernir. Se despedían jubilosos de los misioneros con un ruego: «Digan en Madrid cómo vivimos. Que lo sepa el Gobierno». Así figura recogido en la memoria de la Misión de Sanabria, Zamora. (Véanse las *Memorias del Patronato de Misiones Pedagógicas –Septiembre de 1931–Diciembre de 1933–*, Madrid, 1934, y la *Memoria de la misión pedagógico-social en Sanabria (Zamora). Resumen de los trabajos realizados en el año 1934*, Madrid, 1935).

Las Misiones Pedagógicas eran actividades laicas, civiles y relativamente modernas. De ahí que no siempre fueran bien recibidos los misioneros inicialmente. En los pueblos de la España interior, marcados por la Iglesia católica y por terratenientes o caciquillos, se aferraban a una estructura anclada en el Antiguo Régimen. No era insólito escuchar: «Era un buen maestro, pero era de los *malos*», es decir, que había militado o militaba en las filas del «error» (por comunista o anarquista). Las Misiones desenmascaran y descubren la otra cara de la cultura: por un lado, la cultura de la elite de los universitarios de la Residencia de Estudiantes (creada en 1910), preocupados por el Arte Nuevo y el repudio de los *putrefactos*, y, por otro lado, la cultura que se acerca al pueblo de la mano de las Misiones Pedagógicas: el respeto de la tradición y lo popular y la difusión de la primera tecnología.

Una nueva pedagogía

Las actividades de las Misiones no pretendían sustituir las clases regladas del trabajo diario del aula. Era una fórmula distinta de aprovechar y de dignificar el tiempo de ocio. No se basaba en una educación formal, con un programa o currículo cerrado, o una instrucción «tradicional». Respondía a criterios pedagógicos novedosos: quería ser espontánea, de carácter lúdico y recreativo. Su eficacia se fundamentaba en su capacidad de sorprender y de divertir. De boca en boca se divulgaban sus efectos. Y su fama precedía a su llegada a los rincones más aislados de la Península, donde no alcanzaba a llegar radio alguna.

A pesar de las buenas intenciones, las críticas a las Misiones se sucedieron. En primer lugar, porque, en tiempos de crisis y pobreza nacional, eran muchos los que no consideraban la implantación del proyecto de «ineludible urgencia». De todas formas, las Misiones Pedagógicas venían a ser una redención del pueblo. Se transmitía un sentido gozoso de la vida (y de la cultura, que debía ser accesible a todos). Era la gran ilusión de transformar España: se combatía la cultura inmovilista y el canon. Miguel Hernández

aprendió a pedir *llaneza* quijotesca y a animar a la bondad de las personas: a ser buenas en el buen sentido de la palabra que preconizó poéticamente también A. Machado. Éste será el sentido profundo de dirigirse al pueblo en una estrofa popular, el romance de *Viento del pueblo* (1937) y, en concreto, en el poema «Llamo a los poetas», de *El hombre acecha* (1938), increpa: «Hablemos del trabajo, del amor sobre todo,/ donde la telaraña y el alacrán no habitan. (...)/ Quitémonos el pavo real y suficiente,/ la palabra con toga (...)/ Abandonemos la solemnidad».

Desde círculos socialistas también se criticaron las Misiones Pedagógicas, porque era «obra imbuida de idealismo, con encanto, pero de acción limitada». Parecía preferible que la política se preocupara primero por las necesidades perentorias –el hambre y la pobreza– y sólo después por el *lujo* de la cultura. El doctor G. Marañón había visitado años antes, en 1922, las Hurdes (Cáceres) atraído científicamente por la desproporcionada cantidad de enfermos mentales en la zona; el misterio y la leyenda atribuían el elevado índice de morbidad psíquica a maleficios de aquellas tierras o a embrujos. Marañón puso racionalidad en el asunto: las enfermedades eran producidas por las carencias alimentarias y el exagerado estado de miseria en el que se vivía. El cineasta L. Buñuel quiso intervenir en la concienciación popular y rodó su documental *Las Hurdes, tierra sin pan* en 1932. Aquella experiencia y otras, como las de tierras zamoranas (1934), hicieron que se estrenara un nuevo concepto: la Misión Pedagógico-social, como la de Sanabria, en Zamora (1934-1935). La descripción del lugar no puede dejar pusilánime a nadie que la conociera:

> Niños harapientos, pobres mujeres arruinadas de bocio, hombres sin edad, agobiados y vencidos, hórridas viviendas sin luz y sin chimenea, techadas de cuelmo y negras de humo. Un pueblo hambriento en su mayor parte y comido de lacras, centenares de monos que piden limosna... Y una cincuentena de estudiantes sanos y alegres, que llegan con su carga de romances y comedias. Generosa carga, es cierto, pero ¡qué pobre allí! El choque inesperado con aquella realidad brutal nos sobrecogió dolorosamente a todos. Necesitaban pan, necesitaban medicinas, necesitaban los apoyos primarios de una vida insostenible con sus solas fuerzas... y sólo canciones y poemas llevábamos en el zurrón misional aquel día (*Memoria de la Misión Pedagógico-social en Sanabria*, 1935, p. 15).

Estadísticas de la cordialidad misionera

Las Misiones Pedagógicas visitaron 7 000 localidades. Se llevaron a cabo 196 circuitos. Fue, sin duda, la gran política de extensión cultural de la II República al mundo rural de la España profunda.

Además de la cúspide rectora del patronato (dieciséis personas que colaboraron con sus dos presidentes: M. B. Cossío, hasta que falleció el 2 de septiembre de 1935 –Ó. Esplá, R. Llopis, A. Machado, P. Salinas, M.ª Luisa Navarro...–; y Josep Renau, desde el 18 de septiembre de 1936 –R. Alberti, Sender, A. Casona, Alberto Sánchez, Rodolfo Halffter, Carlos Palacios...–), hubo más de 500 voluntarios o auxiliares (estudiantes, artistas, escritores), entre los que estuvo Miguel Hernández, y María Zambrano, José Val del Omar, Enrique Azcoaga, José Salcedo, José Antonio Maravall, Antonio Sánchez Barbudo, Cristóbal Simancas, María Moliner, Ramón Gaya, L. Cernuda, Eduardo Martínez Torner... Parte de la responsabilidad del éxito estribó asimismo en la participación y la eficiencia de numerosos docentes con reconocido prestigio en sus respectivos lares profesionales: 50 inspectores de educación, 7 directores de escuela primaria, 12 profesores de secundaria y 7 más de Universidad (entre ellos, Carmen Conde y Antonio Oliver, de la Universidad Popular de Cartagena).

Las misiones duraban entre un día y aproximadamente un máximo de quince; pero lo habitual era un lapso próximo a la semana.

Actividades, secciones (y un eje transversal que se sale)

El eje transversal que se cuidaba de manera exquisita en las Misiones fue el rol cultural de la mujer. Este eje había sido abandonado al ostracismo social más absoluto. No olvidemos que, si el derecho de voto masculino, se había logrado en la España Moderna en 1869, poco antes de constituirse la I República, el derecho a voto femenino no se alcanza hasta el 1 de octubre de 1931, poco después de la fecha de fundación de las Misiones Pedagógicas, en plena euforia sufragista universal que propició la victoria en las urnas que dio paso a la II República. La votación, sobre el voto femenino, obtuvo un resultado de 161–121, y un diputado, Manuel Hilario Ayuso, republicano federal, propuso –sin éxito– que el hombre votara a partir de cumplidos los 23 años, y las mujeres, al llegar «a su edad crítica», los 45 años. Con todo, nadie ignora hoy la reciente historia de España: desde 1947, el general Franco no permite el voto femenino en algunos «sufragios parciales»; el voto de la mujer, sin cortapisas ni condiciones, llegará en fecha ya democrática, en 1977.

La figura de la mujer fue enaltecida por M. Hernández en su poesía, en su teatro y en sus crónicas periodísticas de guerra, como sabemos.

Las Misiones Pedagógicas se desarrollaban en siete tipos de actividades o secciones:

1. El entorno: actividades al aire libre, en plena naturaleza
2. Charlas y conferencias
3. Cinematografía
4. Coro y Teatro del Pueblo
5. Recitales
6. Biblioteca y lectura
7. Museo del Pueblo

Nos detenemos en algunos de los aspectos más relevantes.

Las conferencias eran breves charlas, frecuentemente ilustradas en directo por un dibujante. A la vez que E. Azcoaga trataba sobre lo popular y lo vulgar, R. Gaya iba dibujando, con ocurrencia, para regocijo de los asistentes. O se aprovechaban las explicaciones de Sánchez Barbudo sobre *El Quijote* o sobre *El conde Lucanor*. También había parodias de esas mismas charlas a continuación; esto, después de la concentración mental inhabitual en los campesinos, despertaba las risas. Y, cuando lo permitían los medios, daban algo de comer entre acto y acto.

En pueblos de más de mil habitantes, podían sorprender con una novedad tecnológica y artística. Era el cine. No había electricidad en esas poblaciones; se instalaba un grupo electrógeno y una tela blanca, normalmente contra un muro de la iglesia o en la plaza. Era la actividad que más admiración despertaba. No sabían qué era aquello. Su atención atrapada y sus caras sonrientes, con los ojos más abiertos que sus abiertas bocas han sido captadas por numerosas fotografías. El lugar, a la intemperie o no, según las circunstancias, estaba siempre al completo; hasta venían de aldeas vecinas. Su ingenuidad ante las imágenes estremecía: miraban por detrás de la pantalla, rodeaban el proyector y se encogían o tapaban los ojos cuando creían que lo que se aproximaba en la pantalla iba

a salir hasta alcanzarlos a ellos. De esa inocencia no nos vemos privados los espectadores de hoy. ¿Quién no se ha encogido al ver imágenes como la de una avioneta que va a pasar, increíblemente, por el espacio reducido entre un puente y un río, por ejemplo, o se ha tapado los ojos ante escenas de terror, o siente vértigo al sentirse volar en un cine IMAX o 3D? La nueva tecnología, desde 1931, llegaba de la urbe al pueblo.

El modelo procedía del cinetrén soviético. El Narkompros, de Lunacharski, tenía una impronta similar a la de los objetivos de las Misiones en España. Pero en España no había tren rural. Como mucho se tradujo en el sistema de bibliotecas circulantes en forma de bibliobús, como veremos de inmediato. En la URSS, el cinetrén simbolizaba la imparable velocidad de la transformación soviética; su consigna: «Hoy grabamos, mañana exhibimos».

El programa en las Misiones era muy completo para los fines de divertir e instruir. Constaba de tres partes: a) un documental divulgativo, b) un corto de dibujos animados (Félix el gato) y una película de ficción (recurrentemente filmes de Chaplin, especialmente del personaje de Charlot). En el foro madrileño se repetía con desprecio: «Los miserables niños de las aldeas no saben reír»; sin embargo, con el cine de las Misiones se garantizaba la risa a mandíbula batiente. Los documentales giraban en torno a asuntos variopintos: la elaboración del pan, la construcción de automóviles, los sistemas de riegos, el cultivo del arroz, el antiguo Egipto, o las imágenes grabadas por el equipo de Val del Omar en otras misiones: *Estampas, 1932*. El regocijo era general.

El teatro y el coro del Pueblo constituían un conjunto inseparable, formado por unas cincuenta personas. El escenario se armaba, al aire libre, en media hora. El transporte en autobuses y camiones obligaba a que sólo se representara en poblaciones con acceso por carretera. La actividad se apoyaba en la audición de discos de pizarra, anteriores a los de vinilo, colocados en sofisticados entonces gramófonos. Se regalaron 2135 gramófonos y hubo 286 puestas en escena. La actividad consistía en un viaje de un día, el domingo, y se alcanzaba a cubrir un radio de unos cien kilómetros desde Madrid. Cuando se hacía coincidir con las fiestas del pueblo, una feria o el fin de curso, la estancia podía ser de más días y más lejana. El repertorio musical recogía música clásica (extranjera y española: Bach, Stravinski, Falla, Albéniz...) y música tradicional (canciones por regiones, recogidas por E. Sánchez Torner, o grabaciones tradicionales de La Argentinita, a veces con F. García Lorca al piano). El público disfrutaba repitiendo las letras de las canciones al unísono con el gramófono. Se les repartían las letras de algunos romances, incluso con partituras ¡por si alguien sabía leer música! Una de las muestras tangibles de aquella actividad fue la creación del Archivo de la palabra, con la grabación de voces de los más ilustres escritores, artistas y políticos de la época. Fue un medio útil para la enseñanza, pero también para la propaganda posterior: por ejemplo, se grabaron los famosos dicterios de R. Alberti contra Franco, donde se repasaban, jaleando, las tablas de multiplicar, con letra adversa a la dictadura y al golpe de Estado franquista: «6 x 1: inhumano. 6 x 2: gusano [...] 6 x 9: esclavitud. 6 x 10: ataúd».

La parte teatral fue dirigida por E. Marquina, pero pronto se hizo cargo de ella A. Casona. Al repertorio de teatro clásico (Juan del Encina, Lope de Rueda, Calderón –*El dragoncillo*– o *El médico a palos*, de Molière, en versión abreviada de L. F. de Moratín, incorporó Casona cinco piececillas adaptadas en su *Retablo jovial*: «Sancho Panza en la ínsula Barataria» (de *El Quijote*), «El mancebo que casó con mujer brava» (de *El conde Lucanor*) o versiones de *El decamerón*, de Boccaccio, etc.

Dirigida especialmente a niños era la sección de «El teatro de fantoches»: guiñoles y aucas infantiles, de cuya organización se responsabilizó Rafael Dieste. Entre su re-

pertorio, destacan el auca de *El dragón y su paloma*, o los guiñoles *Simbiosis*, sobre el gato Siloc (un prestamista avaro y un mendigo pobre, obra del propio Dieste), *El circo embrujado*, *La fiera risueña*, *La doncella guerrera*, *El falso faquir*... Pero además de las representaciones, lo mejor para los niños era asistir a un taller de marionetas y decorados, y hacer trabajos manuales: se hacían muñecos de papel, cartón, con escayola y pinturas, y se metían al horno: el resultado era fascinante, y poder jugar con sus monigotes-actores, aún más.

Cuando Miguel Hernández escribe sus cuatro cuentos en prisión para su hijo Manolillo («El potro obscuro», «Un hogar en el árbol», «El conejito» y «La gatita Mancha y el ovillo rojo»), escritos en papel higiénico, no sólo está pensando en su lectura, sino en su actuación guiñolesca. De ahí los juguetes con los que los acompaña. Hernández, que ya había acudido a la técnica pedagógica del auca –con dibujos de Paco Díe– para explicar algunos poemas de su prehistoria literaria (algunas octavas de *Perito en lunas* o «Elegía media del toro»), concedía una relevante importancia a este tipo de teatro. Durante la guerra, también presenta una actuación de un guiñol. Se trata de *La Tarumba. Guiñol satírico al servicio de la guerra*, editado por el Subcomisariado de propaganda del comisariado general de guerra (Valencia). En el folletito, ilustrado con fotos de la representación, se incluyen las palabras de Hernández como delegado cultural de la Brigada de choque del Batallón «El Campesino».

La vocación por el teatro que sentía Hernández fue reconocida ya en 1937. No sólo al ser elegido para formar parte del comité de la República española en el V Festival de Teatro soviético, sino también porque previamente se le había ofrecido sustituir al mismísimo Federico García en La Barraca. En la primavera de 1936, García Lorca había sido destituido de la dirección del grupo teatral de La Barraca, que nada tenía que ver con el proyecto de Misiones Pedagógicas, pero era un complemento cultural del máximo orden. La Barraca, codirigida por Eduardo Ugarte, se había formado en el seno de la Universidad, como sección dependiente de la UFEH (Unión Federal de Estudiantes Hispanos), en 1932. El 13 de agosto de 1937, la revista valenciana *La Hora* saluda con un sorprendente titular: «El teatro de los estudiantes actuará en la exposición internacional de París. La Barraca ha representado las mejores obras clásicas bajo los obuses». Y ofrece una primicia: «La expedición a París presuponía un periodo preparatorio bajo una nueva dirección artística de garantía. Hoy tenemos ya a nuestro director en Miguel Hernández». El ofrecimiento también fue testificado antaño por Muñoz Suay. Y aún es más: según la actriz Carmen Resines, componente de La Barraca, en 1937 hubo una tentativa de representación de una obra de Hernández: «Llegamos a ensayar *El labrador de más aire* en la calle de Sacramento, después que regresamos de Valencia. [...] A Miguel Hernández le encantaba cómo hacía Margarita [de Castro] el papel de Encarnación». Luis Jiménez-Cacho conserva las copias que se hicieron en mimógrafo para aprenderse los papeles. No obstante, el proyecto cae en saco roto y nada sabemos del compromiso del oriolano con el grupo universitario.

El teatro y el coro del Pueblo se completan, o eran sustituidos en poblaciones pequeñas, por recitales poéticos. En esta sección sobresalió M. Hernández por sus dotes de dicción, de interpretación y de memoria. Romances, cantigas, serranillas y canciones corales constituían un ramillete de literatura popular en un tono acorde a los sensibles corazones de los aldeanos. «El romance de la loba parda» nunca faltaba. Era la síntesis de lo popular: sencillez, realismo, gracia cómica y fácil comprensión: según las Misiones Pedagógicas, «romances que el mismo pueblo ha creado y tiene en el olvido»; había

que devolver la voz al pueblo, y que no sintiera pavor por recobrar el ánimo de fiesta y de protagonismo nacional. Ese era el sentido del romancero de guerra y del cancionero neopopular. Hernández lo aprehendió y ofreció su *Viento del pueblo*, como voz épica, y su nonato *Cancionero y romancero de ausencias*, como particularísima voz lírica.

La sección de la biblioteca de las Misiones Pedagógicas era la gran estrella. Coordinada por L. Cernuda, con la ayuda de María Moliner y Juan Vicens, recibía el 60% del presupuesto de todo el proyecto nacional. Pero sus logros avalaban la proporción: se crearon 5 522 bibliotecas y se enviaron más de 600 000 libros. Entre 1932 y 1935, se practicaron 2 196 495 registros de lecturas y préstamos, y un cómputo de 467 775 lectores diferentes. El material se repartía en cajas de madera que servían de estanterías para las nuevas bibliotecas. Incluían un total de cien libros, que se donaban a cada población: una suerte de primeros auxilios de la lectura. Esta actuación fue el origen del bibliobús valenciano, o biblioteca circulante, que puso en movimiento María Moliner el 1 de febrero de 1935 en Valencia, donde se desempeñaba como bibliotecaria. El bibliobús permaneció en activo, dichosamente, muchos años, incluso en la etapa franquista. Sin embargo, el Nacional-Sindicalismo rechazó, desde el primer momento, estas bibliotecas; una Orden de 4 de septiembre de 1936, de la Junta de Defensa Nacional, prescribía que se procediera «a la incautación y destrucción de cuantas obras de matiz socialista o comunista existían en bibliotecas circulantes y escuelas». No era de extrañar: entre otros títulos, en la selección de los cien de las Misiones figuraban *Tres ensayos sobre la vida sexual* (de Gregorio Marañón), *La defensa de los trabajadores y la jornada de ocho horas* (de Carlos Kautsky), pero también *Gallinocultura práctica*... Se recordó que la abundancia de libros en zonas como Asturias –donde Castropol, de unos 8 000 habitantes, sobresalía como paradigma por su nutrida biblioteca y su efervescente actividad cultural– había provocado insurrecciones como la reciente de octubre de 1934 sofocada al grito de «Tiros a la barriga», expresión que Hernández recogió para cerrar su pieza teatral *Los hijos de la piedra*, en 1935.

En la provincia de Alicante se ubicaron varias bibliotecas de las Misiones: una en Orihuela, La Murada, Bigastro, Rafal, Redován, Torrevieja y Elche.

Hernández tuvo fácil acceso a clásicos de la literatura universal, fuera del rigor ideológico de las bibliotecas oriolanas de Almarcha o de Martínez Arenas. Ahora pudo leer la *Odisea* Homero y fragmentos selectos del Dante. Y cuentos de Andersen, Perrault, Hoffman o de los hermanos Grimm. Y el espíritu de estas obras sí que influyó en el poroso Miguel Hernández. Resaltemos dos muestras: una de *La divina comedia*, de Dante Alighieri, y otra del cuento «Los músicos de Bremen», de los hermanos Grimm.

Al ir a entrar en el infierno, en la *Divina Comedia*, Dante lee un cartel con letras negras: «Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza» («Lasciate ogne speranza, voi ch'intrate», Infierno, III, 9). Hernández quiere cerrar *El hombre acecha* con una petición, asustado por su desesperanza: «El odio se amortigua / detrás de la ventana. / Será la garra suave. / Dejadme la esperanza». La exégesis la proporciona el texto medieval. Dante preguntó a Virgilio:

> –Maestro, el sentido de estas palabras me causa pena.
>
> Y él, como hombre lleno de prudencia, me contestó:
>
> –Conviene abandonar aquí todo temor; conviene que aquí termine toda cobardía. Hemos llegado al lugar donde te he dicho que verías a la dolorida gente que ha perdido el bien de la inteligencia. [...] Te lo diré concisamente. Estos no esperan morir; y su ceguedad es tanta, que se muestran envidiosos de cualquiera otra suerte. El mundo

no conserva ningún recuerdo suyo; la misericordia y la justicia los desdeñan: no hablemos más de ellos, míralos y pasa adelante.

Los cuentos infantiles de Hernández están en la onda de los poemillas seleccionados para sus recitales. Pero, en concreto el de «El potro obscuro», también en la órbita del deseo de versionar y adaptar obras ajenas. Es una manera profunda de intertextualizar. Al final de su obra Hernández lo hace con la poesía tradicional, con la Biblia y con los hermanos Grimm. Para explicar someramente esta relación cuentística, hemos de apoyarnos en una digresión sobre el proceso creativo hernandiano.

En la correspondencia con Josefina Manresa, Miguel, encarcelado, decide aliviar penalidades a su mujer e inventa una realidad para proteger a los seres queridos de sus penurias. ¿Qué gana con transmitir su tragedia y sus dolores y sus penas a Josefina? A ella jamás confesará que está condenado a muerte y, cuando la pena es de treinta años, los convierte, en sus cartas, en doce, y añade casi jubiloso que está muy bien, que saldrá pronto y que saldrá gordo... Si Josefina no puede creer esa fantasía, sí puede transmitirla a su hijo. El 12 de septiembre de 1939, con un Manolillo de poco más de nueve meses, Miguel envía un poema a su esposa; con ese poema, las famosas «Las nanas de la cebolla», el escritor había reinventado un estilo literario: el poeta desea proteger a su hijo y mantiene todavía el ánimo suficiente, transido de emoción, como para advertirle de las adversidades del mundo. ¿Cómo lo hace? Previene al bebé y contrasta la apenada vida del padre con la existencia feliz que desea a su hijo: «Desperté de ser niño. / Nunca despiertes. / Triste llevo la boca. / Ríete siempre». Y cierra el poema con esta seguidilla y su bordón:

Vuela niño en la doble
luna del pecho.
Él, triste de cebolla.
Tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.

¡«No te *derrumbes*»!, dice al niño: ¡qué palabra tan desorbitada para dar un consejo a un infante, a un niño que no sabe hablar –«No te *derrumbes*»–, y al que faltan años «para cuando sepa leer»!

Este juego protector de la imaginación contra la realidad temible y amenazante que hace que nos aferremos a la vida a través del inconmensurable amor a los hijos se ha llevado al cine recientemente en películas inolvidables, cuyo éxito artístico enaltece el ejemplo real de Miguel Hernández. Roberto Benigni recurre a este procedimiento en *La vida es bella* (1998): Guido cuida y protege a su hijo para que no sepa «lo que pasa ni lo que ocurre» en un campo nazi de concentración y de exterminio; el padre presenta –traduce– las normas autoritarias nazis en reglas de juego, y al niño le parece evidente, es decir, que es así *lo que salta a la vista*. Al final de la película, el niño, que desconoce que el padre ha sido asesinado segundos antes, grita dichoso subido a un tanque blindado norteamericano: «Mamma, abbiamo vinto» («Mamá, hemos ganado»). El tanque era el premio imaginado por el padre en su invención: con gran dosis de dramatismo el padre ha logrado que el niño no sufra el terror constante de una muerte en ciernes. En otra reciente película, *El laberinto del fauno* (2006), de Guillermo del Toro, se resuelve la odiosa situación represiva de los primeros años de una posguerra de policial persecución con el escudo psicológico de la imaginación. Si antes la acción transcurría en Italia, ahora es en la España asimismo de en torno a 1944. La niña de *El laberinto* ha de defenderse de la

opresión que le produce su padrastro, un capitán del ejército franquista, y se sumerge en un mundo fantasioso en el que un monstruoso fauno la recibe como princesa de su territorio, aunque ha de salir victoriosa de tres pruebas que la harán soportar la crudelísima realidad y enfrentarse a ella como una heroína. Mas la niña, ni siquiera en su fantasía, sucumbe a la tentación del fauno, que quiere asesinar a su hermanito bebé con la promesa embaucadora y falsa de nombrarla reina de sus territorios. De modo parecido responde Hernández, en la realidad, a las promesas de salvación si transige en sus ideas contra el Movimiento Nacional. Hernández no cede. A la protección de la vida por medio de la literatura, añade la redención de la vida y de su ejemplar comportamiento por medio de la imaginación; a la imaginación al poder, la dignidad al poder.

«El potro obscuro» es un cuento acumulativo que muy bien pudo basarse en un tipo de cuentos como el de «Los músicos de Bremen», de los alemanes Jacob (1785-1863) y Wilhem Grimm (1786-1859). Miguel imprimirá su personalidad y su intención, sin duda, y acomodará el cuento a su contexto personal y al de su receptor, y lo convertirá en una nueva nana.

El argumento de «Los músicos de Bremen» es muy sencillo: cuatro animales (burro, perro, gato y gallo), por viejos, son despreciados y condenados a muerte por sus amos, humanos, en lugares próximos; los animales huyen y se salvan. Van formando un grupo cada vez más numeroso para ganarse la vida cantando. En el cuento original se respira ironía –como la de formar un grupo musical iniciado por el *entonado* rebuzno del burro, y la de pensar que en Bremen, la capital hanseática, iban a triunfar, puesto que allí no entendían nada de música y sólo aplaudían lo vulgar o esperpéntico–, pero los valores de solidaridad entre los marginados o proscritos prevalece a su sentido. En el cuento de los Grimm, encuentran una casa con ladrones –en otras versiones, llegan a una cueva, donde hay lobos–: atacan, meten miedo a los moradores, los alejan y toman el lugar, donde comen y pernoctan plácidamente. Se satiriza el comportamiento humano: los hombres se presentan como injustos y malvados, frente a un bestiario solidario y confiado entre sí, sabedor de que la unión hace la fuerza. Guarda relación con la tradición de la cuentística de la expulsión del hogar, del exilio forzado, con ayudas posteriores y soluciones distintas. Hernández simplifica el texto, lo despoja de elementos superfluos y resalta los motivos que le resultan de verdadero interés: convierte el exilio en un viaje al paraíso, en una especie de viaje a El Dorado –la Gran Ciudad del Sueño–, y elimina toda alusión a la segunda parte y todo brote o alusión de violencia. Es un sueño reparador, protector, no aliena. Entre los personajes de «El potro obscuro» se respira confianza: se mezclan niños y animales, y todos a un mismo nivel, montados sobre el potro, forman un grupo compacto. El potro es un elemento mágico y salvador, es un caballo joven –más infantil–: el niño imaginará la apacible silueta del potro con la luz lunar al fondo y la jovial figura de sus huéspedes. En el cuento de los hermanos Grimm, se forma un monstruo con los animales uno sobre otro: Hernández no explicita monstruos ni temores. Más bien nos recuerda el dibujo con el que acompaña al dorso su poema «Rueda que irás muy lejos», en el que pinta un niño cabalgando sobre la Tierra, en un vuelo de la imaginación, un vuelo cósmico que conjura el peligro representado por la falta de luz –la noche–, lo bajo, lo descendido y la ausencia impuesta. La ardilla de la nana hernandiana pide que le lleven a la Ciudad del Sueño, «donde no hay dolor ni pena», para que no sepa «lo que pasa ni lo que ocurre». Hasta aquí la interpretación para el infante: regalo a su inocencia por la fantasía de la acción, de los personajes estereotipados, de las reiteraciones y de los recursos que estimulan la memorización en su simplicidad. Para el propio autor, el potro es la liberación, una metáfora del mundo personal de Miguel Hernández, la huida y protección del peligro.

La última sección de las Misiones Pedagógicas era el Museo del Pueblo. Consistía en dos colecciones de catorce cuadros de gran formato (similares a los originales) y otros de pequeño tamaño. M. B. Cossío seleccionó personalmente las obras pictóricas del Museo del Prado y de la Academia de San Fernando. Los pintores Ramón Gaya, Eduardo Vicente y Juan Bonafé realizaron las reproducciones. No se trataba de «copias» con aire de tapiz aplastado, sino de homenajes con calidad. Las exposiciones duraban aproximadamente una semana. Y sólo podían instalarse en pueblos con dependencias cubiertas adecuadas: espaciosas y con luz. La actividad estaba acompañada de dos charlas (ambientación histórica y explicación artística) y un taller de pintura práctica. Gaya dibujaba en grandes rollos en la plaza pública o se entregaban bocetos para que los niños observaran la estructura del cuadro y pudieran colorearlos; al final, los niños copiaban los cuadros. Se visitaron 179 poblaciones. En el repertorio se incluían obras también de asunto religioso. Entre otros pintores, Velázquez, Sánchez Coello, Goya, Murillo, Zurbarán, El Greco...

En las conversaciones sobre pintura renacentista surge el nombre de Miguel Ángel. En la prisión de Palencia, Hernández escribe el cuento del gorrión Pío-Pío, en el que se presagia la muerte. Es un cuento truncado, sin final. Hernández está recordando una nueva técnica artística: al no explicitar el final de la historia de su gorrión, el oriolano nos deja tan sobrecogidos como las expresivas esculturas voluntariamente inconclusas de los esclavos de Miguel Ángel Buonarroti («I captivi»). Este final truncado tampoco era ajeno a los romances históricos recopilados por Menéndez Pidal, asimismo en los estantes de las bibliotecas de las Misiones.

La alargada sombra de las Misiones Pedagógicas impregna el sentido del quehacer de Hernández en su tarea de comisario de cultura durante la guerra. Su espíritu se mantiene con la inauguración de nuevas bibliotecas para los combatientes republicanos. En 1937, Hernández inaugura una biblioteca y lo celebra con estas palabras en un artículo «Inauguración de una biblioteca» (*Al Ataque*, Órgano de la 1.ª Brigada Móvil de Choque, año I, 5, 6 de febrero de 1937, p. 1) no recogido en la reciente *Obra completa* (Madrid, Espasa Calpe, 2010):

> Desde este mismo momento quedan abiertas las puertas de la biblioteca de nuestra Brigada. No debe pasar desapercibido esto para ninguno de nuestros soldados. Tenemos que advertir la profunda significación que las bibliotecas han de tener en nuestra República de trabajadores, que ha de ser una república de laboriosidad y cultura. Las bibliotecas, con las universidades y las escuelas, vendrán a ocupar los puestos que hoy tienen tabernas, casas de prostitución y bancos hipotecarios. En ellas se han de ennoblecer las inteligencias y ha de subir hasta su mayor punto de claridad el pensamiento. Un pueblo sin libros, [*sic*] llegaría a ser fatalmente un pueblo sin hombres, no sería un pueblo, sino una selva. Un pueblo sin poetas que guíen su alma y su cuerpo por la vida, que canten sus proezas y sus virtudes y destruyan sus vicios y expresen sus ansias y sus dolores; un pueblo sin poetas, [*sic*] es un pueblo amordazado, inconsciente, brutal: es un cementerio poblado. Los poetas hacen los libros para su pueblo, y ¡ay! de los pueblos que desprecian a sus poetas.
>
> Vuestros ojos, compañeros, han de desembocar en la lectura, y han de entretenerse una hora diaria en los libros. Para eso os abrimos la biblioteca. Ésta no puede quedar en un lujo, en una decoración de nuestro cuartel, en un rincón solitario lleno de papeles. Los libros, los que se han escrito y se escriben con el corazón, con el conocimiento de todas las cosas de la vida, piden a gritos ojos que los descifren, los comprendan y los respeten. El hombre a serlo en su grado superior, a través de las experiencias

de la vida, y los mejores libros no son más que profundas experiencias de ésta. La lectura no debe servir de distracción, sino de conocimiento.

Entramos en un período de la guerra en que, a la creación del Ejército popular, sucede necesariamente la transformación de sus soldados, que han de ser hombres profundamente conscientes de su desempeño. Nadie mejor que los libros dará a estos hombres esa profunda consciencia para actuar en el nuevo régimen de vida que propugnamos. Hemos de tener en cuenta, muy en cuenta, todos nosotros, compañeros, que después de esta guerra van a quedar en nuestras manos, además de las armas militares, de las del trabajo, las más de las ciencias y las artes, y ¡ay! de nuestro pueblo, de nuestra España, si no sabemos hacer el más perfecto uso de ellas. De las escuelas, de las universidades, de las bibliotecas, donde el pueblo tendrá todos los derechos que siempre le han correspondido, han de salir los hombres que curen, aplaquen y eviten los males nacionales, espirituales y físicos que se produzcan en nuestro territorio. El campesino capacitado para los estudios se dedicará a ellos. El obrero que sienta una elevada vocación encontrará un campo sin obstáculos para desarrollarla.

Empecemos a frecuentar los libros, compañeros. Que no tengamos que recurrir a gentes extrañas cuando necesitemos un médico excelente, un músico particular, un famoso marino, un militar perfecto. Todos estamos en la ocasión de serlo. Todos estamos en la ocasión de colocar al pueblo en el lugar más elevado de su palabra. En una de las consignas que he escrito sobre los muros de nuestra biblioteca, digo: «*No se sabe el idioma que se habla, hasta que no se le descifra y escribe*». Dentro de poco tiempo, habrá que avergonzar al que no sepa leer y escribir el idioma castellano que habla y que no trata de dignificar.

Miguel Hernández, misionero

La participación de Miguel Hernández en las Misiones responde al anhelo de un joven escritor de insertarse en la corriente central de la vida cultural de la España de la década de 1930. Guarda relación con sus ansias de consolidarse socialmente en el oficio de escritor y hombre de cultura.

El espíritu que recoge en las Misiones Pedagógicas consolida su impresión del asalariado y del campesinado español, muy en la línea de lo que escribió A. Machado: «Son buenas gentes que viven,/ laboran, pasan y sueñan,/ y, en día como tantos,/ descansan bajo tierra».

Lo vivido en las Misiones Pedagógicas sirve a M. Hernández para fraguar su discurso, por inversión: si con las Misiones se pretende hacer llegar lo urbano al mundo rural, con M. Hernández el discurso de un hombre de pueblo logra hacerse sentir como universal en la ciudad. La vida de M. Hernández nos incumbe porque es el primer gran poeta de la experiencia, el que mejor aunó vida y poesía, el que supo presentar alcance social y autenticidad y belleza artística, pero también por el valor de su destino. Su sino será –en palabras de M. Aznar– el de «proporcionar una dimensión estética renovadora a lo campesino y la de ser [...] el artista orgánico de una España de funcionamiento rural», de ahí su relación con el Arte Nuevo y con la Escuela de Vallecas.

Probablemente Hernández, en su primer viaje, ya pudo contemplar algunas obras de Maruja Mallo. Quizás le fascinaron algunas asociaciones en los cuadros de la *Brujilla*. A Paul Eluard le sucedería lo mismo y lo explicitó: «Las creaciones extrañas de Maruja Mallo, entre las más considerables de la pintura actual, revelación poética y plástica, original, "cloacas" y "campanarios" son precursores de la visión plástica informalista».

Hernández mezcla, surrealista y lúdicamente, «váter» y «virgen católica» (como *La Purísima Concepción*, del pintor Murillo) en el poemilla «(Retrete)»: «Aquella de la cuenca luna monda» (octava real XXX de *Perito en lunas*).

Miguel, ¿a cuántas misiones fuiste? ¡Internet me confunde!

Los últimos estudios publicados en este mismo 2010 sobre la participación de Hernández en las Misiones Pedagógicas han sido contradictorios e inexactos. José Luis Puerto, en *Miguel Hernández en las Misiones Pedagógicas* (Burgos, Colección Beltenebros Minor, 6, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua), defendió que el oriolano no se había enrolado más que en una sola misión y lo arguye con una cita en prosa, a modo de crónica periodística, del propio Hernández. Por su parte, Miguel Ángel Nepomuceno, poco después, eleva a cuatro las participaciones de Hernández, no sólo sin pruebas fehacientes, sino infiriendo gratuitamente conclusiones erradas («Miguel Hernández y las cuatro misiones pedagógicas», *El Eco Hernandiano*, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2010, pp. 4-11).

Aún es más, si intentamos conocer el estado de la cuestión en Internet, y cambiamos las fuentes bibliográficas por las menciones en la Red, la situación aún se complica más. Recurrimos al buscador Google, y escribimos, por ejemplo, la orden de búsqueda «José Luis Puerto» + «Miguel Hernández» + «una sola misión». Nos encontramos en pantalla (consulta del 29 de octubre de 2010) con estos tres primeros resultados:

1. «El miedo aún silencia a muchos que conocieron a *Miguel Hernández*...

   -¿Quién animó a Miguel Hernández a tomar parte en estas misiones? -Miguel sólo intervino, como él dijo, en una sola misión y fue por tierras ... de Salamanca...

   www.diariodeleon.es/noticias/noticia.asp?pkid...

2. *Miguel Hernández* participó en tres misiones pedagógicas - Cultura...

   ... lugar al equívoco: «He hecho una sola misión y ha sido por tierras...»

3. Hernández y las cuatro Misiones Pedagógicas - Revista - www...

   Otro de los aspectos más controvertidos de este *Miguel Hernández* desconocido...

Las cuatro presuntas Misiones Pedagógicas a las que se hace referencia fueron las siguientes:

1. *Cartagena (Murcia), 1933. (26 marzo – 1 abril)
2. Salamanca provincia, 1935. (19 – 30 abril)
3. *Cartagena, 1935. (17 – 30 agosto)
4. Puertollano, Valdepeñas (La Mancha y *Andalucía), 1936. (12 – 21 marzo)

La realidad confirmada nos asegura que sólo estuvo en dos de ella: las señaladas en segundo y cuarto lugar; y, en esta última, jamás se introdujo en tierras andaluzas.

No resulta complicado desmentir las participaciones en las misiones por tierras murcianas de Cartagena y de Cabo de Palos. Recurriendo a los archivos del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver (en Cartagena), proporcionados *in situ* por la siempre afable atención de Cari Fernández, comprobamos que Hernández no fue incluido en ninguna de

las dos misiones mencionadas, ni en 1933 ni en 1935. Repasemos coléricamente algunos documentos.

1) No figura Hernández en la *Memoria del Patronato de Misiones Pedagógicas, septiembre 1931 – diciembre 1933*, cuando se reseñan las actividades de la zona de Cartagena:

> *Cartagena (Murcia)*.- Del 26 de marzo al 1 de abril de 1933. Misión de orientación, solicitada por elementos de la Universidad Popular de Cartagena y Escuela Normal de Magisterio primario de Murcia. Actúa en Cartagena (Univ. Popular), Cabo de Palos, Fuenteálamo y Zarcilla de Ramos. La dirige doña Matilde Moliner, profesora del Instituto de Talavera, acompañada de los señores don Pablo de A.[ndrés] Cobos, maestro Nacional, y don Antonio Sánchez Barbudo, estudiante, con la colaboración de doña Carmen Conde, de la Univ. Popular de Cartagena, don Antonio Oliver y el estudiante señor Buyas [Antonio Buyo (¿) Díaz].

Marzo-abril de 1933, no era momento para que el Hernández de la época participara en proyectos republicanos de esa índole y, a la vez, estuviera escribiendo un auto sacramental en defensa del catolicismo y de la monarquía, y en contraposición abierta y descarnada de las revueltas comunistas y anarquistas. En realidad, Hernández acudió en 1933 a Universidad Popular de Cartagena invitado por el matrimonio Conde-Oliver para hacer una lectura explicativa de su obra de entonces (*Perito en lunas*, recién publicada en Murcia, y «Elegía –media del toro», apoyado en aucas y dibujos), pero la fecha no coincide: fue el 29 de julio de 1933. La Universidad Popular de Cartagena se había creado a finales de 1931.

2) Así se recoge fielmente en la revista *Presencia*, cuaderno de afirmación de la Universidad Popular, donde se distingue entre los actos de la universidad y las actividades de las Misiones Pedagógicas, fomentadas, cierto es, por los responsables de la universidad cartagenera. En el n.º 2 de *Presencia*, febrero de 1934, en el apartado 2.º (Conferencias extraordinarias y actos culturales), en la entrada f) se lee: «Conferencia y recital de poemas por el poeta levantino D. Miguel Hernández Giner, el 29 de julio de 1933»; y, en el apartado 8.º («Misiones Pedagógicas»), se amplía algo la reseña de las memorias citadas arriba: se añade que el estudiante Buyo Díaz «sólo realizo la misión de Cabo de Palos. En Zarcillo se agregó la catedrática del Instituto de Lorca, señorita Manolita Pérez. En dichos municipios la misión dejó selectas bibliotecas».

En 1935 tampoco participó Hernández en ninguna otra misión por Cartagena. Casualmente, como sabemos, impartió la famosa conferencia sobre Lope de Vega y los poetas de hoy el 27 de agosto, viernes, y se apuntó a una excursión a Cabo de Palos el domingo siguiente, 29. Hay fotos que lo testimonian: Hernández aparece junto al matrimonio Oliver-Conde y en algunas fotos de la playa. Otras instantáneas, en La Azohía, recogen a un grupo misionero o en *misión* por tierras murcianas próximas a Cartagena: Valladolises, La Murta, Las Cañadas, La Azohía, Campillo de Adentro y El Albujón; pero tampoco coinciden las fechas con la posibilidad de que Hernández pudiera participar: 13-14 de marzo de 1935.

3) En el número 4 de *Presencia*, de febrero de 1936, en su sección «Vida de la Universidad Popular (Curso 1934-1935)», se reseña fielmente el acto (apartado «Conferencias de extensión cultural», párrafo tercero):

> El día 27 de agosto de 1935 en el salón de actos del Ateneo el joven poeta levantino Miguel Hernández Giner leyó una interesante conferencia titulada «Lope de Vega

en relación con los poetas de hoy» a la que siguieron [*sic*] lectura de poesías de Lope, Conde de Villamediana y parte de un auto sacramental del que es autor el Sr. Hernández Giner.

En la prensa local, Gil Belmonte añade alguna pequeña información: recitó Hernández una composición de Neruda, previamente a unos sonetos de Villamediana, como precursor del romanticismo, y concluyó con «unas poesías inéditas de su libro próximo a publicarse y que a juzgar por lo que nos ha dejado conocer hoy es de esperar [que] tenga una excelente acogida de público y crítica». Nepomuceno confunde los datos y amplifica la actuación de Hernández: la duplica (un recital en el Ateneo de Cartagena y «ese mismo día Miguel también impartió una conferencia titulada...», sin especificar lugar) y la recompone sin que haya testimonios de su participación como «bibliotecario» o como recitador en homenaje a Gabriel Miró, o incluso como músico. En el apartado «Excursiones», no en el de «Misiones Pedagógicas», la revista *Presencia* vuelve a citar al oriolano como excursionista que se sumó a un día de asueto el 29 de agosto en la playa («Excursión a Cabo de Palos»), sin ninguna especificación más. La prensa cartagenera al día siguiente adorna con más detalles, pero nunca afirma que Hernández leyera texto alguno[1].

En conclusión, Miguel Hernández tan sólo participa en plenitud en dos misiones. Ya lo había confirmado Eleanor Krane Paucker («Cinco años de Misiones», Madrid, *Revista de Occidente*. Extraordinario, noviembre de 1981). La primera, por tierras salmantinas (o «por piedras salmantinas», como dijo él mismo en la única prosa que documenta su labor), y la segunda por la zona de Puertollano y Valdepeñas.

La primera misión: Vitigudino (Salamanca), 19-26 de abril de 1935

María Zambrano pone en contacto a M. Hernández con el periodista y escritor Enrique Azcoaga. Éste propone al oriolano que participe en una misión que van a realizar a la provincia de Salamanca: pueblos de Sierra Madrona, en la comarca de La Ramajadería, partido judicial de Vitigudino.

Llegan a su destino el día 19 de abril de 1935, Viernes Santo. La Misión se desarrolló entre el 20 y el 26 de abril. Los misioneros encargados son José Antonio Maravall, Enrique Azcoaga, y, como ayudante, Miguel Hernández; se les suma el inspector de la zona, Juan Francisco García y García. Dos corresponsales de *El Adelanto de Salamanca*, Alfonso Benite y Noé J. Sánchez, detallan el desarrollo de las actividades (30 de abril de 1935, p. 2), pero también hay reseñas en *El Sol* (28 y 29 de junio de 1935), la revista *Atenas* (52, junio de 1935) y el *Boletín de Educación*, de Salamanca, enero-febrero de 1937). Según relata E. Azcoaga («Las Misiones Pedagógicas», Madrid, *Revista de Occidente*, Extraordinario, Noviembre de 1981), Hernández besó el suelo de Salamanca en homenaje a Fray Luis de León.

Las etapas de esta misión fueron las siguientes:

- Iruelos de Mesonuevo, 20 y 21 de abril
- Ahigal de Villarinos, 22
- Brincones, 23-24
- Puertas, 25

M. Hernández es el encargado de los recitales. Su sección es introducida por el inspector García: una rápida charla acerca del valor de la poesía, la belleza de los romances, que «nos cuentan la historia de nuestros antepasados, sus costumbres, sus leyes, sus he-

chos», y la necesidad de amar el libro, fuente de aprendizaje y de recreación del espíritu, un «amigo que les enseñará todo sin costarle nada»: «¡Libros, libros! He aquí una palabra mágica que equivale a decir ¡amor, amor!, y que debían pedir los pueblos como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras». A continuación, Miguel Hernández recita el romance «La loba parda», que entusiasma al auditorio. También «Los peregrinitos», «que tienen que ser repetidos y son coreados por los niños». Luego estos mismos romances son escuchados en discos, en un ambiente de silencio e interés: «Los niños y todo el público están emocionados, no alientan, no hablan, no quieren perder ni una sílaba, ni una nota». Otros días Hernández interpreta romances y canciones diferentes. Conocemos el repertorio: «La loba parda», «Los peregrinitos», «Las tres cautivas» («A la verde, verde,/a la verde oliva»), «La dama y el pastor», «Los mozos de Monleón» y «El niño de la Palma» (chuflillas taurinas, de R. Alberti, de su libro *El alba del alhelí*, 1925-1926, publicado por J. M.ª Cossío en Santander, 1927). Y tenemos recogidos todos los textos, versionados de la tradición poética popular, tanto en tierras zamoranas y salmantinas, como de tierras ciudadrealengas y jiennenses.

No siempre fueron bien recibidos, dijimos, los misioneros. Hernández lo recoge en su única prosa sobre su experiencia misionera, manuscrita (*O. C.*, 1992, pp. 2148ss.):

> He hecho una sola misión y ha sido por tierras, mejor dicho, por piedras salmantinas. Inolvidables para mí los espectáculos de los cuatro pueblos en que estuve y sus gentes de labor... Recuerdo sobre todo una mujer con cara de terreno labrantío... Como el viaje fue por los finales de abril, salí a cuerpo limpio para allá. El frío me cogió, y tuve que pedir auxilio a la capa del alcalde en el primer pueblo, a la del maestro en el segundo, a la de un labrador en el tercero y a la de otro en el cuarto [...]. El cura de Princones [*sic*, por Brincones] [...] se dirigió, con el sagrario abierto y el cáliz en la espalda, al pueblo en plena misa del domingo de Ascensión y clamó y trinó contra los ateos destructores de la iglesia que habían llegado al pueblo, citando frases de la Biblia, de los evangelios y suyas de los sermones. [...] Los campesinos de Ahigal de Villarino nos recibieron –éramos tres los de la misión– recelosos y cejijuntos. Preguntamos al maestro el porqué de aquella actitud y nos dijo «Creen que venías a platicar contra don... –el dueño de aquellos campos, no hago memoria del nombre–: y dicen que si es así os iréis malparados». Tan diferentes nos hallaron de lo que ellos pensaban que dormimos en la casona de don... no sé cómo y aquella misma tarde iban hombres y rapaces dando calles abajo la noticia y la hora de la función, que así designaban nuestra labor, con caracolas y cencerros alborotados...

Lo esencial de este viaje y la documentación periodística de la época fue recogido, en 2002, por María Martín Bárez («Las Misiones Pedagógicas en Salamanca (1931-1936)», *Aula*, 14, ediciones Universidad de Salamanca, 2002, pp. 155-178).

La segunda misión: la Sierra Morena, Ciudad Real, 12–23 de marzo de 1936

Los responsables de la misión fueron José Salgado Luengo, jefe de Enseñanza en la provincia de Ciudad Real, y E. Azcoaga, que sigue contando esporádicamente con Hernández para estos menesteres. Les acompaña, entre otros, el escritor gallego Lorenzo Varela. El oriolano deja constancia de algunas incidencias de esta segunda y última misión en su correspondencia con Josefina y con J. M.ª Cossío durante el mes de marzo.

La misión llega a Puertollano el 12 de marzo. Se hospedan en el Hotel Castilla, regentado por Martín Pérez Martín, que ya no existe. Recoge datos de esta misión el

diario local *El Defensor*. Desde Puertollano, y con un volquete municipal para trasladar a personas y material, se organizan varias salidas a poblaciones de Ciudad Real: Mestanza, El Hoyo, Solanilla de Tamaral, Solana del Pino, San Lorenzo de Calatrava, Valdepeñas y Albaladejo. Sabemos que el 20 de marzo está en Valdepeñas y que el 22, todavía en Albaladejo. Probablemente dejaron Puertollano al día siguiente y dieron por concluida su misión.

Las Misiones Pedagógicas fueron gestos de inteligencia en medio de tantas incomprensiones. Y un modelo de actuación que se ha revitalizado en nuestros días tras recuperar la libertad democrática y sentir el poder de la renovación pedagógica.

NOTAS

1.– La amistad de Carmen Conde con Miguel Hernández fue muy estrecha. Según consta en las anotaciones de una agenda de 1942 de Carmen Conde, ésta envió dinero a la viuda del poeta de Orihuela bajo el nombre de Constanza de Acevedo. Me proporciona el dato Cari Fernández el 14 de septiembre de 2010.